

La taberna en Kreuzberg

TEXTO: GUILLERMO FADANELLI

Era un martes apenas soleado y un viento sólido corría sin prisa por Oranienstrasse. Me encontraba paseando en Kreuzberg, que se ha convertido en uno de mis barrios favoritos en Berlín. Iba acompañado de un buen amigo que visitaba esta ciudad por primera vez. Cansado de ir siempre a los mismos bares decidí entrar por la primera puerta que me despertara confianza. Creo en mis intuiciones porque si se equivocan lo hacen de manera rotunda, lo cual torna la experiencia aún más interesante. No me guió por las apariencias superficiales, sino sólo por cuestiones esencialmente humanas. No me importa si el bar está sucio o es célebre, si su mobiliario es nuevo o las sillas se tambalean como si estuvieran muertas de frío: qué más me da. En cambio, aprecio en mucho ser bien recibido y que mis anfitriones no se muestren tacaños. Empujado por un buen presentimiento seguí hasta Mariannenstrasse y, como si estuviera esperándome desde hacía mucho tiempo, una puerta estrecha se abrió dejando escapar de su interior una atmósfera de madera, música vieja y humo que de inmediato me invitó a entrar. Lo que sucedió dentro de este bar las siguientes doce horas después de nuestra llegada se ha quedado de pie en mi memoria, y no podría narrarlo si no es escribiendo una breve novela. Lo que sí puedo decir es que nunca antes había estado en una taberna semejante. La mujer que atendía las mesas, una joven alemana de sonrisa abierta, besaba y abrazaba a todos los clientes que le parecían simpáticos. Nos mostraba sus senos desnudos, cantaba y recibía a cada nuevo cliente con profundas demostraciones de entusiasmo. Además del buen recibimiento nadie podía quejarse de no tener en su mesa lo que había ordenado, y nadie tampoco parecía sorprenderse de la locura que contenía el aire de aquel modesto bar. Tuve la impresión de que los clientes habían nacido allí

mismo, sobre la barra, en los rincones poco iluminados, entre las sillas. Una hora después de nuestra llegada y sin que lo solicitáramos, la encantadora alemana puso en nuestra mesa una botella de tequila de marca desconocida, a la que siguió una piedra de hachis y unas copas de Jägermeister.

Como si se solazaran en la pradera, varios perros corrían de un lado a otro de la taberna mientras que un anciano, al que todos parecían respetar, tomaba tranquilamente una copa de vino. Poco a poco mis amigas fueron llegando para sumarse a esa reunión improvisada. Ninguna de ellas conocía el bar pues siempre que paseaban por esos rumbos habían seguido de frente: eran aún demasiado jóvenes para ser tan suspicaces. De pronto, cerca de las nueve de la noche, un hombre joven hizo acto de presencia en compañía de un niño que no rebasaba los 6 años de edad. A los poco minutos, el padre bebía plácidamente una cerveza en tanto el niño, rubio como una piña, jugueteaba con los perros cuyos propietarios leían o simplemente se concentraban en sí mismos. La curiosidad me llevó a indagar que clase de libro leía el hombre robusto de barba crecida que apenas si despegaba la mirada de las páginas para pedir otra cerveza: se trataba de una novela de Truman Capote. No describiré más, sólo desearía añadir que durante las doce horas que permanecimos allí no hubo ningún acto violento y que el monto de la cuenta fue ridículo: tanto lo fue que después de una breve discusión, acordamos pagar un poco más de lo indicado. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor. Sus libros más recientes son *Plegarias de un inquilino* (Cal y Arena) *Educar a los topos* y *Malacara* (Anagrama).